

## NO QUIERO SABER MÁS DE INDIOS

*Celosúa.* La voz le estalló al alcalde en la cabeza como una bofetada indolora pero cargada de susto. El estallido le quebró todavía más el ánimo.

El escudo de Monterrey había desaparecido del frontispicio del palacio municipal.

Acostumbrado a todo tipo de sorpresas y extravíos de la realidad, el comandante Hernán Celosúa le recomendó al alcalde, en tono de orden apenas humedecida por una cortesía imperativa: *Cúbralo y luego vemos. ¿Así nada más? Bueno, ponga ahí algo así como en restauración. Espero que funcione. Por lo pronto va a funcionar. Usted sabe más que yo de estas cosas. No me pagan por saber, sino por improvisar. Le pido que me sugiera algo para manejar los medios. Dígales que unos vándalos lanzaron materiales corrosivos contra el escudo y lo dañaron. Deme el remedio y el trapito, ¿cómo pudieron hacer llegar esos materiales tan alto? Presumimos que fue con una honda. ¿Con una honda? Sí, con una honda, ¿qué nunca ha visto una honda? Para serle franco, no. Pues yo tampoco; pero ya le digo, lo que no se sabe se improvisa. Gracias, no sabe cómo/ Le apunto el favor.*

El comandante colgó. En lo opuesto de lo que pudiera ser un pronunciamiento *urbi et orbi*, dijo: *Pendejo*. A los que hacía favores, salvo al gobernador en turno y al licenciado Caraveo, su amigo y en cierta medida su confidente, daba ese trato. En el fondo era un reconocimiento por ofrecerle una carta más para mantenerse en un puesto por el que había visto pasar cuatro administraciones.

Enseguida, a su chofer: *Nos vamos*. Eloy fue hasta el armario de la oficina y sacó de él dos chalecos antibalas: uno se lo entregó a su jefe y el otro se lo puso él con la rapidez fruto de un largo entrenamiento.

En el trayecto, el comandante Celosúa dio instrucciones precisas a Eloy: *Me buscas al licenciado Caraveo, dile que le invito un café a las once; luego te vas por ahí, a ver qué encuentras*.

Eloy tenía sus fuentes de información, pero la más generativa y confiable era don Lupe, el peluquero que parecía haber derrotado el volátil paso de las generaciones.

\*

Águeda ya tenía preparado el desayuno-almuerzo. La habían educado para servir. Cuando Hernán se desvelaba sabía que su apetito debía ser satisfecho con un vasto alimento: carne roja y huevos en cualquier forma con tortillas de harina recién hechas, una buena salsa y café.

Antes de ir a dormir un par de horas –dos horas de sueño eran suficientes para reparar sus fuerzas, hábito que todos admiraban–, leía los encabezados de los periódicos. No las omitía, pero a las demás secciones de *Noticias Vistas*, el periódico que había impuesto la norma social de que la única realidad existente era la que aparecía en sus páginas, apenas las hojeaba. Era la sección policíaca a la que espulgaba con

empeño de simio. *Mujer embarazada muerta a puntapiés por el amante celoso del marido. Niñaviolada por el padre. Alegó inocencia: apenas en segundo de primaria, su hija se le insinuaba. Tres narcos enterrados vivos: al parecer sus victimarios los hicieron cavar la tumba con las uñas. Ejecución número 99 en lo que va del año... hasta el cierre de esta edición. Las autoridades prometen una investigación a fondo. Suicidio por estrangulamiento. Nada como para distraerlo del camino a la almohada.*

Puntual, como sombra de gnomon, el licenciado Caraveo se presentó a los guardias de la casa del jefe policiaco. Éste eliminó toda introducción. *Desapareció el escudo de la ciudad. Pero ¿cómo?, es la primera vez que sucede. ¿Le parece que debemos esperar a la segunda? Quizá entonces sería noticia, pero se puede especular. Pues especule. Yo le puedo hablar de la simbología del escudo y de sus referentes históricos. ¿Referentes? Referentes. ¿Y eso me puede servir a mí de algo para resolver el problema? Depoco, si hemos de ser realistas. Parece que demasiado poco. ¿Qué quiere que le diga? Déle una pensada al asunto y si se le ocurre algo me llama, por favor. Por supuest/ Lo acompaño.*

Dos horas después, Hernán recibía una llamada del licenciado Caraveo. *No le de vueltas, comandante, dígale al alcalde que mande hacer otro escudo: nadie se va a dar cuenta de la sustitución; ya le eché un vistazo al anuncio ése que pusieron diciendo que el robado se halla en reparación, me adelanto a felicitarlo por la idea; fue suya, ¿verdad? Los remiendos no esperan. Ni el trabajo tampoco, lo dejo. No sin antes agradecerle el favor. No es ninguno. Lo espero mañana a las once a tomar un café. Le salgo barato, comandante. Los amigos nunca han salido caros.*

Un favor a favor de Caraveo. Le causaba incomodidad, pero en grado de tolerancia.

\*

Como si un azotador reptara sobre su pecho, Águeda despertó sobresaltada. El aparato del clima se había apagado y el sudor le plegaba el camisón de noche a la piel. Se sintió sofocada y salió a la terraza posterior que daba al jardín, a las jaulas de los perros y a los cuartos de servidumbre. Esperaba encontrar alguna brisa que la aliviara del calor. Pero el aire de la noche parecía atrapado en sus confines. Se acercó hasta la balaustrada y descubrió una bayoneta de luz en la puerta del cuarto de Altamira.

*¿A esas horas? Sí, luego al día siguiente andan todas somnolientas y les cuesta trabajo hacer las cosas.* Imelda Garza de De la Garza, levantando alto las cejas, le dio la razón. Más las hubiera levantado con la historia completa, pero Águeda se limitó a contarle el descubrimiento de la bayoneta de luz en el cuarto de la sirvienta.

Bajó en un susurro. Se le acercaron los cuatro Dovermann, la olieron, gañeron levemente. Águeda los hizo callar y retirarse. Iba a tocar la puerta cuando escuchó adentro voces entrecortadas y gemidos. Dio la vuelta al cubo y se asomó por la franja que dejaban las cortinas zanconas de la ventana. La escena le entró por los ojos y como una sonda helada y centelleante le recorrió la espalda. Virulenta, la escena tenía sin embargo un orden descendente: parado sobre la cama estaba Jaime; de la cintura para abajo lo cubría a jirones la cabellera de Altamira. En posición rampante, la sirvienta se hallaba con el rostro hundido en los muslos del mayor de los dos hijos de Águeda. Hernán la sostenía por los senos y la penetraba por atrás. Los tres estaban desnudos.

Hernán y Jaime vociferaban como los cazadores, que ambos eran, en el momento de acosar a un jabalí para hacerlo salir de su madriguera.

Una venda súbita le cubrió la vista y Águeda sintió por un instante que todo le era ajeno; su cuerpo mismo se le desceñía del alma. Como un perro ante el peligro, sólo atinó a volver al interior de la casa tropezando a cada paso. Al cruzar el umbral se topó con Jaime, el mayor de sus dos hijos, en pijama y frotándose los ojos. *¿Mamá? Águeda no pudo hablar. La emparedaban la escena de Altamira con Jaime y Hernán que acababa de ver y la presencia de Jaime en pijama al que estaba viendo. Sólo atinó a hacer una pregunta estúpida ¿Y tu padre? ¿No ha venido? Te pregunto. Si tú no sabes, yo menos. Lo tomó por la mano y lo condujo hasta el cuarto de Altamira. ¿Qué quieres, mamá? Es que escuché ruidos. Águeda no mentía, pero tampoco lo dijo todo. La bayoneta de luz había desaparecido. El silencio era absoluto. ¿Qué pasa? Creo que hay alguien adentro. Sí, Altamira, ¿no lo sabías, mamá? Altamira y alguien más. ¿Cómo alguien más? Jaime se había soltado bruscamente de su mano y se apostó con los brazos cruzados en señal de que no iba a hacer movimiento alguno. Yo los escuché, no me mires así, no estoy loca. ¿Y qué sugieres que hagamos? Águeda calló. Se acusó de ser la autora del silencio reinante, y también de los segundos interminables en los que se consumía todo el tiempo del mundo. En ella era usual acusarse de lo que no había hecho.*

*Estaba a punto de decirle una mentira, que las odio; le iba a decir que tal vez yo había soñado los ruidos. En eso se encendió la luz del jardín y de la cancha del frontón, señal de que se estaba abriendo la puerta eléctrica. Ideas de Hernán. Quiere que alrededor de la casa no haya un solo rincón oscuro cuando él llega. Cuando necesites a un hombre ideático, pregúntame por Edelberto. Y enseguida Imelda Garza de De la*

Garza le contó, con ligeras variaciones, las manías del marido de la pobre mujer de *Durmiendo con el enemigo*.

Jaime le hizo uno de esos gestos de múltiple significado a su madre: *ya llegó papá, si hay ruidos él se encargará de ver qué es lo que ocurre, es mejor regresar a dormir*. Y desapareció rumbo a la planta alta.

*Sin decir palabra nos metimos a la casa. Pero a Hernán, que se sorprendió de encontrarme preparando un té de tila –necesitaba calmarme– le dije lo de los ruidos en el cuarto de la muchacha. ¿Y...? Me arrepentí, pero ya él iba con la pistola desenfundada. De unas cuantas zancadas llegó hasta la puerta del cuarto de Altamira y casi la tira a golpes. Apenas abrió Altamira, somnolienta y asustada, Hernán la hizo a un lado y prendió la luz. Ya sabes cómo es. Le preguntó que si nada se estaba quemando, que olía a quemado. Hizo como que buscaba el lugar de dónde salía el humo. Claro que no encontró nada. Se guardó la pistola, pero Altamira es muy lista. ¿Tú crees que no se haya preguntado para qué traía Hernán la pistola en la mano si lo que quería era nada más ver si había algún rastro de lumbre? Sí, es una muchacha muy lista y hasta eso, bonita, ¿quién me dijiste que te la recomendó?*

\*

El sargento Samuel Ledesma, de guardia nocturna en la parte sur del primer cuadro de la ciudad, informó por radio a la superioridad: *que encontrándonos a dos cuadras del obelisco que conmemora la llegada de los fundadores a la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey, encabezados por el comandante Diego de Montemayor, según tenemos entendido, mi pareja de servicio y el de la voz nos percibimos de que un grupo de alborotadores brincaba y se contorsionaba dando gritos desaforados en torno*

*al obelisco. De inmediato nos acercamos en la patrulla para atender la emergencia y en su caso detener a los infractores. Pero a unos cuantos metros del lugar indicado, lo único que vimos fue un grupo de estatuas de indios bárbaros en posiciones alocadas, como si bailaran o celebraran algo, alrededor del dicho obelisco por lo que esperamos instrucciones de la superioridad.*

El comandante Celosúa envió un numeroso grupo de patrullas para que establecieran un cerco de tres cuadras alrededor del lugar. Despertó al alcalde y le pidió una cuadrilla de obras públicas para que se dirigieran al obelisco y lo cercaran. *En este momento.* Ni siquiera él mismo se imaginaba lo que su voz intimidaba al alcalde. *¿Ocurrió algún siniestro, mi comandante? Otra necesidad de improvisar. Despreocúpese, ahora le mando al personal adecuado y oiga, a cambio de su noticia yo le tengo otra, pero buena. ¿Ya se volvió a aumentar el sueldo? Hace unas horas terminaron de colocar el nuevo escudo, quedó igualito. Gracias otra vez y que tenga buenas noches.*

Gracias, sí, pero Celosúa supo que en el intercambio de favores ahora estaban un poco a mano. Sin embargo, *es su ciudad, después de todo le cuidamos el puesto.*

\*

Varias veces Águeda volvió a despertarse sobresaltada y anegada en sudor. Otras tantas vio la bayoneta de luz en la puerta del cuarto de Altamira. Y también escuchó adentro los ruidos de la primera noche. Pero ya no se atrevió a espiar por la ventana y tampoco a decir nada ni a su hijo ni a su marido. Se limitaba a comprobar que Jaime estuviera durmiendo. Alguna vez llamó a la oficina de Hernán pretextando la necesidad de un

fármaco inane para cerciorarse de que estuviera en su rutina. Todo correspondía a la normalidad que antes no requería de un trato peculiar para mantener su vigencia.

El relato a Imelda Garza de De la Garza se limitaba a la parte de los ruidos, pues nunca, ni a ella ni a nadie le revelaría el espanto de la escena que presencié, o creyó haber presenciado, y de la que retenía cada imagen y cada movimiento; las cicatrices de las rayas, incluso, que le vio en la piel de hombros y muslos a la muchacha. La realidad, desde esa noche, se le escurría como la leche bronca por el cedazo que ella, de niña, lavaba y secaba en Las Lajas, un pueblo de mujeres de los tantos que se hallan en las zonas áridas, y del cual salió, gracias a una mujer que la llevó a vivir con ella en calidad de ahijada a Monterrey, para no volver sino hasta que tuvo a su primer hijo.

*Siento que estoy envejeciendo. Pero no me quieres hacer caso, te digo que en la primera consulta el Maestro Israel te quita esos y otros embrollos que traigas en la cabeza.*

\*

Las esculturas de los indios, *muy bien hechas, eso sí*, fueron descalzadas de sus pedestales, retiradas del perímetro del obelisco y guardadas con todo sigilo en el fondo de una bodega ubicada fuera de la ciudad.

*Ahora sí, licenciado, quiero saber aquello que me decía de la simbología del escudo de Monterrey; acaban de colocar el nuevo. Pasé por allí esta mañana, comandante. Supongo que ya le habrán informado. Sí, nuestro amigo el alcalde me comentó de la reposición. ¿No le dijo nada más? Me dio las gracias por una sugerencia que le hice al respecto. Con todo respeto, comandante, creo que el alcalde tendría serias dificultades para describir el escudo de la ciudad. Como usted sabe, dos*

*indígenas, de pie, flanquean el emblema del escudo. ¿Sabe en qué posición los esculpieron? Me está usted diciendo que están de pie. Pues aparecen rodilla en tierra y en posición de disparar las flechas de sus arcos. Nuestro superávit de pendejos es imbatible, licenciado. Es tan real como se lo cuento, comandante; pero no hay porqué alarmarse, nadie lo va a notar, la gente no repara en esos detalles. Sería bueno aconsejarle al alcalde que mande a hacer otro escudo con la rectificación. El cambio será como el de una moneda por otra de igual denominación. Ni siquiera de la simbología del escudo nos podemos ocupar a gusto, licenciado, a mí ya me empieza a colmar este asunto. Lo dejo con sus cosas, comandante, yo voy a las mías.*

\*

Una escena parecida a la de la primera noche del sótano infernal que se abrió durante el sueño de Águeda la hizo gemir como atenazada por un pavor primigenio. De repente escuchó susurros de voces y se incorporó para indagar su origen. Salían de la habitación de Jaime. La puerta estaba semiabierta. Empujándola un poco más pudo ver el cuadro que la tomó por asalto como un súcubo brotado de una maldición. Jaime yacía en su cama y encima de él, a horcajadas, Altamira se mecía. Hernán, desnudo como ellos, mondaba una manzana a la manera que acostumbraba y de tanto en tanto se acercaba a la muchacha para decirle algo que Águeda no alcanzaba a escuchar, pero que sintió era sobre su estima. Los tres intercambiaban sonrisas maliciosas. Se burlaban de ella. Por primera vez en su vida sintió un odio amargo, criminal. La pistola de Hernán, cuyas cachas tan bien conocía, descansaba sobre la mesa de trabajo de su hijo. Se decidió y quiso avanzar para tomarla. No pudo. Estaba paralizada. Paralizada y sin habla. Sólo gesticulaba, como en una película muda, y gemía, gemía de verdad. *Águeda, Águeda,*

*¿qué tienes?* Hernán la despertó. *No me toques.* Su reacción fue de asombro para ambos. *¿Qué te pasa?* Águeda se dio cuenta de que había tenido una pesadilla y de que podía refugiarse en la vigilia, aunque ésta tuviera la superficie áspera de su marido.

Una vez más, Águeda le dijo una parte de su mala noche y la otra se la ocultó a Imelda Garza de De la Garza. Le contó lo de la pesadilla, pero con las imágenes elementales de entrar a una casa extraña de la cual no podía salir. *Me eché a llorar como una niña; Hernán todo lo que hizo fue decirme que me calmara, se volvió y al instante se quedó dormido. Ya van dos veces que dejas plantado al Maestro Israel. Qué pena con él. Ni siquiera llamaste para cancelar la cita, al menos me hubieras dicho a mí. Qué pena, ay, estoy muy apenada, ¿me podrías hacer de nuevo cita con él?*

\*

Águeda ingresó a la clandestinidad por la puerta de Liverpool. Había dicho a Eleno, su chofer, que iba de compras. Imelda Garza de De la Garza la esperaba en el otro extremo de la tienda. De allí partieron hacia la cita con el Maestro Israel. Sus poros cerrados, sus ligamentos constreñidos, su pensamiento obstruido encontraron mayor holgura al entrar a un recinto alongado de altos muros y todo cubierto por cortinas de inexpugnable blancura y movidas levemente por una brisa cuyo origen Águeda no logró localizar. Una de las cortinas se movió y detrás de ella salió una joven tocada con una túnica tan blanca como las cortinas.

*Por aquí, señora.* La condujo hasta una sala con una pequeña mesa en medio y dos sillas. *El Maestro vendrá en un momento. ¿Le ofrezco algo de beber? Tenemos aguay limonada.* Águeda negó querer nada y la joven salió. La espera se prolongó bastante más de lo que Águeda calculaba. Al cabo una voz la sorprendió a sus espaldas.

Su dueño era un hombre quizás de la edad de Águeda, quizás más joven. Su bata, blanca como todo lo demás, pertenecía a la estirpe de los kaftanes. Y su voz, que ahora la invitaba a sentarse, a la de alguna suave fronda. *Gracias por venir.* El rubor ascendió desde su pecho e incendió las mejillas de Águeda. *Gracias por recibirme doctor, antes le he quedado muy mal. De ninguna manera, nunca es tarde para empezar.* Tomó asiento frente a Águeda y con el cuidado de quien prepara una mesa de gala, el Maestro dispuso una pieza de algodón afelpado del tamaño de una servilleta y sobre ella colocó un par de pequeños tarros de porcelana donde se insinuaban unas figuras femeninas tocadas con peplos. A su lado puso unos pañuelos humectados. *Le voy a dar un masaje.*

Imelda Garza de De la Garza no le habló de masajes. El rubor ahora le abrasó sienes y orejas. El maestro había vertido un poco del contenido de uno de los tarros en el cuenco de sus dedos. Era un aceite del cual se desprendió un olor a limones. *¿En qué consiste la curación?* La orden del Maestro no la dejó ir más allá en sus conjeturas. ----- *Deme su mano derecha.* Águeda la tendió con timidez. El Maestro la tomó con tal cuidado que disipó sus prevenciones. Le explicó que en las manos y los pies se reproduce a escala todo el cuerpo humano. El dedo pulgar es la cabeza, el índice el brazo izquierdo, el cordial la pierna izquierda, el anular la pierna derecha y el meñique el brazo derecho. En el curso de la explicación, Águeda se preguntaba cuándo fue la última vez que Hernán le había sido acariciado las manos. En ella había una reserva de inocencia que casi siempre se va consumiendo en las mujeres con los avisos de la vida conyugal y la maternidad. Ahora se daba cuenta de que Hernán la había tomado de las manos, pero no que se las haya acariciado. Esta conclusión soltó el último lazo de reticencia y Águeda se dejó llevar por las palabras y los movimientos de las manos del

Maestro. Sus dedos-brazos tomaban los suyos y los repasaban se diría que con ternura; sus dedos-piernas acometían los suyos con la violencia contenida del acto donde entrega y posesión se funden.

*De maravilla. Te lo dije, no te vas a arrepentir. Me dio cita para la próxima semana. Cuenta conmigo.*

Águeda no le preguntó a Imelda Garza de De la Garza por qué no le había dicho nada acerca del tratamiento. Imelda Garza de De la Garza tampoco le preguntó nada. *¿Qué te hizo?, ¿qué te dio? Nada.*

\*

Celosúa se dirigía a su oficina cuando recibió el parte por radio. *La patrulla cinco cero seis, del capitán Miguel Contreras, turno tres, descubrió once estatuas de indios casi en cueros, de ambos sexos, formados en fila india, seis de apariencia joven, dos viejos y dos niños, todos atados por el cuello y sujetos por una reata a la cabeza de la silla del caballo de Luis de Carvajal y de la Cueva, primer gobernador de Nuevo León, que antes no estaban en el lugar.*

*Alguien nos está tratando de chingar.* Eloy era el único que escuchaba a Celosúa y sintió cerca el filo de sus palabras. Las pesquisas que él por su parte había hecho se reducían a cero. Esta vez ni don Lupe le aportaba siquiera alguna pobre pista sobre los extraños sucesos. Ambos conocían el método: Eloy sólo preguntaba *qué se dice por 'ahi* y don Lupe le contaba todo cuanto sabía que podía interesar a Eloy. Sobre el método no había duda. Tampoco el otro método, el de buscar sin buscar, le había dado resultados. Consistía en caminar por las calles sin rumbo, entrar a cualquier cantina para beberse despreocupadamente unas cervezas, a cualquier cafetín para tomar un café sorbo a

sorbo, curiosear por las librerías de viejo. No husmear, sólo estar. *Le dices al licenciado Caraveo que lo espero a las once. Y cerciórate de que los medios no se hayan enterado.*

Celosúa había hablado con el alcalde. Pero ahora, entre confidente e intimidatorio, le dijo con especial subrayado que *alguien se lo quiere chingar a usted haciéndole aparecer a la indiada en forma de estatuas; encomiéndose al santo patrono de los alcaldes para que mañana no aparezca crucificado en Noticias Vistas.*

El licenciado Caraveo halló a Celosúa atropellado e irritable. El gesto rugoso sólo le cambió cuando Altamira sirvió el café. *Voy al grano, quiero saber todo acerca de los indios. ¿De qué indios? De los de aquí, de la región, ¿de dónde va a ser? Bien, ¿cuándo quiere que iniciemos el semestre? ¿Semestre? Lo que usted me pide, y sólo refiriéndome al caso del Nuevo Reino de León, se lleva un curso completo de un semestre, por lo menos. Ya para entonces habré tenido que dejar el puesto, este asunto del escudo y las estatuas lo tengo que resolver cuanto antes. Yo me permito acompañarlo en su deseo. Me decía usted que el escultor había mostrado el molde de donde había sacado el mismo escudo dos veces y que en el molde no estaban los indios disparando sus flechas, ¿no es así? Así es. Pues entonces empecemos en este instante el semestre, a ver si lo terminamos en dos horas. Lo que puedo decirle es que en estas tierras había, según nuestros cronistas/ ¿Qué cronistas? Los de entonces, Alonso de León, Juan Bautista Chapa/ Bueno, siga. Había alrededor de doscientos cincuenta naciones de indios. ¿Naciones?, qué, ¿no eran nómadas? Seminómadas, pues se movían en un territorio determinado de acuerdo con las estaciones del año. Es la primera vez que oigo hablar de naciones nómadas. En el castellano de entonces no había la palabra tribu. Tribu, tri-bu, ya nos vamos entendiendo. Eran tribus indómitas;*

*fueron seriamente diezmadas por la guerra con los españoles y las enfermedades. Parece que no lo suficiente, licenciado. El caso es que no pudieron ser sometidas a lo largo de toda la colonia: por eso es que se hablaba de éstas como tierras de guerra viva. Y ¿cuándo dijo que acabaron con los indios? No he dicho, pero fue en las últimas décadas del siglo diecinueve. Se tardaron demasiado, licenciado, ¿por qué no los liquidaron antes?; tenían con qué, ¿o no? No sólo se requiere pólvora para vencer, y menos si a quienes se combate son fantasmas, que es ahora su problema. Fantasmas, mis huevos, licenciado, aquí hay mano negra y es de cristiano. No crea que los vasallos de la corona no le hicieron la lucha para terminar pronto y bien con los indios: el gobernador Martín de Zavala tuvo hasta la bendición de la Iglesia; con el parecer de un padre, fray Francisco de Ribera, declaró a las tribus rebeldes la guerra santa. Entonces sí hubo aquí evangelización, licenciado, pero qué era eso del parecer. Una suerte de juicio, basado en San Agustín, que autorizaba a combatir a los indios a sangre y fuego; en ese juicio se decía que la finalidad era restituir la paz y convertir a los idólatras al santo Evangelio, pero fue una guerra sin cuartel. La cuestión es que no supieron aprovechar la bendición de la iglesia, licenciado, como ya ve que hicieron los propios españoles en su tierra con los moros, yo francamente creo que faltó estrategia y sobró ineptitud. Por fortuna no es el problema que usted enfrenta. Lo que sí puedo decirle es que se nos está agotando el semestre y yo no logro sacar conclusiones tangibles de todo esto. No se desanime, su capacidad le ayudará a encontrar la solución. Si hubieran acabado con los indios oportunamente, tal vez yo no lo estaría molestando a usted ahora. No es ninguna molestia, a los amigos no se les niegan los favores. Ya sé, licenciado, ya sé. Pero seamos prácticos: veamos primero a los indios*

*del escudo: de indios disciplinados pasaron a ser indios belicosos y agresivos, ¿qué quiere decir eso? que la guerra de que me habla no se ha acabado, sólo que ahora cuentan con aliados de nuestro tiempo; después están los indios del obelisco, parecían estar bailando una danza apache, ¿verdad? Con frecuencia se entregaban a rituales que llamaban mitotes, comandante; a los españoles les parecían actos idólatras y hasta demoníacos. Pues no debió ser para menos. Imagínese cuando los veían desnudos y con unas incisiones que se hacían en la piel en actos sexuales colectivos: a las mujeres copular con varios hombres y a los hombres con varias mujeres. ¿Actos sexuales colectivos, licenciado?, es usted muy benévolo: a eso se le llama orgías. Era otra cultura, comandante. Pues a mí me parece que eran unos degenerados; espero que a los españoles no se les haya ocurrido hacer lo que Cortés. Lamento decirle que sí se les ocurrió. Si se les ocurrió, no fue con frecuencia, licenciado: por lo menos en lo que a nosotros toca, nuestra familia, así como la suya y la mayoría, aquí somos de raza blanca, los morenos son los que han venido del sur. El mestizaje fue menor que en el sur, efectivamente, pero se dio, piense que muchas mujeres indias estuvieron sujetas a servidumbre y que los patrones se adjudicaban el derecho de pernada; sé que usted es muy respetuoso de su casa, comandante, pero no me parece que mire con malos ojos a la muchacha de su servicio que nos sirve el café. Usted se fija más de la cuenta, licenciado, yo todavía no me aprendo su nombre. Discúlpeme, lo señalo sólo como un posible ejemplo práctico. Volvamos a nuestro tema, licenciado, ¿qué hay con Carvajal y de la Cueva?, ¿por qué los indios amarrados a la silla de su caballo?; por lo que he oído fue el primer empresario que tuvimos por estas tierras, uno que también sabía de política. Es cierto, con Felipe II hizo un jugoso contrato mediante el cual él se*

*comprometía a fundar y gobernar un nuevo reino, el Nuevo Reino de León; pensaba extraer metales finos, pero como no los halló se dedicó a cazar indios y venderlos como esclavos en los reales de minas de Zacatecas y San Luis Potosí en calidad de esclavos. Con tantas naciones como usted dice que había, debió haber hecho una fortuna. No fue tanta, y la que pudo hacer no logró disfrutarla: lo persiguieron, enjuiciaron y condenaron por judaizante. Lo de judaizante no explica la ristra de indios detrás de su caballo. Bueno, si la historia pudiera vengarse o hacer justicia, las esculturas que allí encontraron serían un yo acuso por traficante de esclavos; no en todas las ciudades se levantan monumentos a los esclavistas. A la historia no me la he encontrado más que en las pláticas con usted. Es de lo poco que sé. Lástima que no nos sirva para resolver problemas de hoy, licenciado; por lo que veo tendré que continuar con mis aliados tradicionales. Ojalá le resulten tan baratos como yo, comandante. Baratos o caros, alguien va a entender que no quiero saber más de indios.*

\*

Águeda dejó de despertarse con violencia y su sueño no fue perturbado más por pesadillas. A la semana siguiente, acompañada de Imelda Garza de De la Garza, volvió al consultorio del Maestro Israel. Con una justificación técnica de fondo –la terapia–, el deseo de verlo pasaba por su aduana moral exento de reproche. Al entrar en la sala donde atendía el Maestro advirtió un ligero cambio: en lugar de la mesa y las dos sillas estaba una litera y una pequeña mesa para instrumental. La asistente del Maestro le ofreció el mismo sillón de espera y sus atenciones fueron una calca de las anteriores. El aumento en el ritmo de la respiración y sus tumbos salivales le revelaron a Águeda la presencia en su cuerpo de un humor extraño, casi espirituoso. Anhelaba escuchar la voz

del Maestro. A medida que se prolongaba la espera, el deseo se hacía más vehemente. De repente la escuchó a sus espaldas. Se estremeció, pero logró contenerse. El Maestro le indicó una de las cortinas.

*Le ruego que pase. En el vestidor encontrará unas sandalias. Se las pone.* En Águeda renació el tiempo en que obedecer era un placer y no sólo la satisfacción de cumplir con lo que de ella se esperaba. Se quitó sus zapatos y se calzó unas sandalias de leve diseño. Volvió con el Maestro y se tendió en la litera siguiendo su orden a modo de sugerencia: *Se tiende, por favor.* Con la yema de los dedos el Maestro le retiró las sandalias. Apenas insinuado, aquel roce se extendió por el cuerpo de Águeda como una nube de mariposas. El masaje sería ahora en los pies. El Maestro en esta ocasión no explicaba nada y a la primera nube de mariposas siguieron otras más tupidas en el silencio del aposento.

*Sí, muy bien, es un médico como pocos. Ingrata que eres, el Maestro no es un médico, es un santo; desde el Niño Fidencio no se conocía otro que hiciera curas tan prodigiosas.*

Imelda Garza de De la Garza hablaba como una devota, pero nunca le había dicho a Águeda que ella se hubiera sometido a tratamiento con el Maestro. Águeda prefirió, con toda la confianza que le tenía, no ir más allá de lo que Imelda Garza de De la Garza quisiera dejarle saber. Así que llevó la conversación por el lado del Niño Fidencio. Era cierto, en Las Lajas se hablaba de un señor curado de susto y de una señora aliviada de un tumor en el cerebro por el Niño Fidencio.

\*

Eloy empleó todos los tiempos muertos de que dispuso y casi completó su día de descanso leyendo una novela comprada en una librería de viejo: *El reino en celo*. Conocía a su jefe. El estado de ánimo en que estaba lo hacía devorar todo cuanto sonara a una coma de información sobre el asunto ése de las estatuas. La novela poco decía sobre los indios, pero tenía un aire de familia con el enigma que traía a Celosúa de cabeza.

*No porque me interese, pero ¿algo le ha dicho el licenciado Caraveo del fundador de Monterrey? Eloy pesaba el sentido de sus palabras y paladeaba la respuesta de Celosúa. Ya te conté lo último de que me habló; en el acuerdo que tuve con el señor Gobernador le hice saber de la conveniencia de desaparecer la estatua de Luis Carvajal y de la Cueva, ¿qué tal si la aparición de las estatuas es una de esas venganzas de la historia, como dice el licenciado Caraveo? Hizo usted bien, a veces hasta la historia mete las narices en las cosas de gobierno. ¿Supiste algo? La verdad, no, pero leí algo que quiero comentarle. ¿Viene en la prensa? En un libro, lo que se dice es de lo más vergonzoso. Como si no tuviéramos ya suficientes vergüenzas. Pues resulta que a don Diego le ponía los cuernos su mujer, una tal Juana Porcallo, con el capitán Alberto del Canto, que fue el fundador de Saltillo. Pues una cosa es que se los pusiera y otra que se supiera, ¿cómo lo supo ése que escribió el libro donde lo leíste? Lo ignoro, señor, pero el asunto es que Del Canto no sólo se metió con la mujer de don Diego, sino que el propio don Diego lo casó con su hija, que era una niña de apenas diez años, después de haber matado a su esposa por infiel. Querrás decir por puta. Pues sí, por puta. Oye, ¿no habrá alguna confusión?, el licenciado Caraveo me contaba de lo degenerados que eran los indios, pero no que también lo fueran los españoles.*

*Pues yo le paso al costo lo que leí en el libro. ¿Qué libro es ése? Se llama El reino en celo. No tiene título de libro de historia. Bueno, es una novela. Por ahí debiste haber empezado: esos pinches novelistas se la pasan inventando, y lo que nosotros necesitamos es información, no escritos puñeteros. Pues discúlpeme, pero parece bastante real ¿El nombre de su autor? Mario Anteo. Ése es un pseudónimo. Conozco a los de su calaña.*

Eloy sintió, por primera vez, que había errado en el intento de interesar a su jefe. Celosúa no quiso quedarse con la duda y le ordenó que citara al licenciado Caraveo a las once para tomar café.

\*

En su tercera cesión con el Maestro, Águeda se quitó la ropa en el vestidor, siguiendo sus indicaciones, y se puso una bata. El masaje sería no sólo en las manos o en los pies, sino en todo el cuerpo. Águeda supo que la raíz de sus cabellos, sus codos y rodillas, el pabellón de la oreja, sus iliacos y clavículas eran centros hacinados de ascensiones y pulsos virtuosos. Desde entonces empezó a deslizarse por la suave pendiente de un culto pagano al Maestro. Dejó de ser su paciente y se convirtió en su devota: una amante más intensa de lo que pueden llegar a serlo las monjas de Cristo.

\*

Inmerso en las pesquisas y elucubraciones sobre las esculturas de los indígenas, Celosúa había abandonado algunas de sus rutinas. Una de ellas, paciente y minuciosa, era confesar a sus empleados de confianza –Eleno entre ellos. *¿Alguna novedad? Ninguna, señor. ¿Has llevado a la señora a algún lugar fuera de lo común? No, señor. ¿A dónde la llevas con más frecuencia? A Liverpool, señor, va de compras. ¿Qué tan seguido?*

*Antes, dos o tres veces al mes, señor, luego cada semana y últimamente dos y hasta tres veces por semana. ¿Nada has oído o visto por ahí? No, señor.*

Celosúa sabía que la irregularidad es sospechosa, pero también que la regularidad es sospechosa.

Después de una gripa que lo mantuvo encerrado por varios días, el licenciado Caraveo se presentó en la casa del comandante. *Por lo visto, licenciado, usted parece ocultarme más cosas de las que me cuenta. ¿Cómo es que nunca me ha hablado de la vida de Diego de Montemayor? No se había presentado la ocasión. Sáqueme de dudas, ¿qué tan cierto es eso que dicen por ahí de que su mujer le sacaba los cuernos? Con el fundador de Monterrey, el capitán Alberto del Canto, comandante. Cómo, ¿de Monterrey?, yo he escuchado que fue de Saltillo. De ambos lugares, aunque los historiadores lo describen sólo como el fundador de los Ojos de Agua de Santa Lucía. ¿Dónde está el obelisco? Donde está el obelisco, pues en esa área fue el asiento de la ciudad original. O sea, licenciado, que no sólo le robó a la esposa, sino también el mérito, ¿y para colmo, si es verdad, recibió del segundo fundador a su hija, que entonces era una niña, para que se casara con ella? Sí, después de haber asesinado a su mujer. Por puta, licenciado, por puta. Los motivos de los hombres muchas veces son indiscernibles. No me joda, licenciado. Aquí no hay por qué andarnos con sutilezas y falsos orgullos, ¿se da cuenta del pasado histórico que tenemos?, una mierda, licenciado, una verdadera mierda. Lo bueno es que pocos lo saben. Pero cuando uno lo llega a saber siente, como yo, que lo han estafado, que lo han asaltado con una pistola de mentiras. Comandante, nosotros no estamos para escribir páginas memorables de la historia patria; pero tampoco para sentirnos responsables de los actos cometidos por*

*quienes nos precedieron, y menos para reprochárselos. No licenciado, usted hablará muy bonito, pero lo que nos dejaron esa bola de llamados fundadores se llama mierda.*

\*

Absorta en la beatitud carnal de su sesión con el Maestro, Águeda confundió sus antiguas pesadillas con la visión de Hernán y dos hombres que lo seguían irrumpiendo en el recinto. Vio caer al Maestro tras un golpe certero. Ella se cubrió el rostro y sus manos atestiguaron su contacto con la luz por última vez.

\*

Después de dejar la casa del gobernador, donde se reunió en sigilo con éste y con el procurador de justicia, Celosúa se presentó al ministerio público a denunciar la desaparición de Águeda Silvestre de Celosúa. Edelberto de la Garza, en otra época socio de Celosúa en una empresa dedicada a la tecnología de seguridad, también se presentó dos horas después para hacer una denuncia similar ante el hecho rotundo de la desaparición de su esposa Imelda.

La prensa se volcó durante días en el caso de las dos mujeres y el automóvil desaparecidos *como si se hubieran desvanecido en el aire*. A la semana, *un grupo de mujeres se presentaron ante las autoridades a denunciar la extraña ausencia de un individuo del que sólo dijeron conocer su nombre, Israel, así como la manera en que todos se dirigían a él: Maestro. Una de las denunciantes era su empleada y las demás eran pacientes de este hombre que, según su dicho, se dedicaba a hacer curas prodigiosas*. Así pasaron desapercibidas las notas sobre el nuevo cambio que experimentó el escudo de la ciudad: el llamado Flechador del Sol, en el centro del

emblema, había cambiado de posición y ahora se hallaba de frente *haciendo trío con los otros dos indios*. Y también *la sorpresiva presencia de una estatua de gran tamaño, por el rumbo del Huajuco, a la que los historiadores le reconocieron los rasgos posibles del jefe indio del mismo nombre*.

Entre las desapariciones registradas, Celosúa se dolió por una: la de Altamira. Al día siguiente de los sucesos que mantenían un silencio sórdido en la casa del comandante, Altamira se fue sin dejar rastro. *Sus piernas, nunca he visto otras piernas como las suyas*.

\*

Al décimo segundo día de la denuncia de Celosúa, la prensa daba cuenta de otro extraño acontecimiento que lo hizo escupir por la mañana el primer trago de café: *Diego de Montemayor fue sustituido*, leyó en el encabezado a ocho columnas. *Manos desconocidas sustituyeron la escultura de don Diego de Montemayor, fundador de la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey, por la de una pareja grotesca*. La nota era escandalosa, pero no tanto como la foto. El fundador de Monterrey aparecía tocado con un casco vikingo de prominentes cuernos y atravesando con su espada a una mujer en la que Celosúa reconoció el rostro de Águeda. En el de don Diego, rasurado y lleno, reconoció su propio rostro.